

Relato corto

Soledad

Secuencia 1. El abismo

Nunca pensé que la inmensidad fuera tan solitaria, ni que la soledad convirtiera el espacio en algo tan inmenso. Definitivamente sólo había una gran verdad: estaba sola. Lo extraño de todo aquello era la sensación asfixiante, envolvente, de un gran vacío. Ni grande ni pequeño, solamente una nada casi absoluta. Sin voces, sin olores, sin tacto... Quizás yo fuera el único ser de aquella extraña tierra yerma, sólo yo y mis pensamientos hacíamos eco en el abismo. Desde que mis pensamientos tenían un comienzo, algo así como el inicio de mi memoria, todo estaba relacionado con ese vacío abstracto e intrigante. Y lo más importante, ¿por qué estaba allí? ¿Y mis recuerdos? Sin ellos no conseguía orientarme. El único punto de referencia era mi voz interior, si a aquello pudiera llamarse voz, precisamente, sonando hueca en mi mente.

Y además, el hecho de que no se oyera nada, ni a nadie... ¿Cómo encontrar algo o alguien allí dentro? Estaba claro que iba a ser muy difícil encontrar algo de ayuda. Quizás por eso tenía miedo: precisamente porque no veía ninguna salida a aquella agobiante situación. Casi podía imaginarme mis propias rodillas temblando si de verdad hubiera sentido que todavía las seguía teniendo. Esa era otra incógnita que me desesperaba: ¿qué había pasado con mis rodillas, mis piernas...? En definitiva, ¿dónde estaba mi cuerpo, y si estaba allí mismo, por qué no podía sentirlo? Ni tan siquiera una pizca de dolor, para notar que "algo" me estuviera doliendo. Sólo notaba su ausencia, definitivamente parecía no tener ningún cuerpo.

Estas y otras preguntas surgían, insistentes y desconcertantes. No sé cuánto tiempo estuve especulando con todo aquello. Me sentía como un sonámbulo que se despierta a media noche en medio de una pesadilla, buscando el interruptor de la habitación. Sin encontrarlo. Todo tenía que ser una pesadilla; al menos con ello intentaba convencerme. Pronto descubrí, sin embargo, que las mentiras no se me daban muy bien y el miedo se estaba convirtiendo en pánico por momentos. El miedo invadía cada rincón de mi extensa oscuridad. El problema era el no saber, el no responder, el no sentir. Todo daba miedo.

El único consuelo era la lógica: no podía permanecer en ese estado permanentemente y quedarme sola en medio de tinieblas para toda la eternidad ¿O tal vez sí?

Opté por concentrarme en una sola cosa: el tiempo. Aquella era una gran verdad: los segundos, los minutos, las horas... Pensé que si tal vez esperaba, tranquila, el tiempo suficiente, al final todo se solucionaría por sí solo. Poco a poco, conseguí ordenar mis pensamientos, y mantenerme en calma, a la espera. Sigilosa, oscura, sola. No tardé mucho en dejarme llevar por la fantasía

e imaginarme cual gata paseando tranquila por oscuros callejones intentando olfatear en el viento una posible presa, un ratoncillo incauto para la cena. Aunque no eran ratones lo que precisamente buscaba. Lo importante eran las respuestas, las soluciones. El sentido práctico. El mayor problema también era la ausencia de recuerdos. El pasado, mi vida, mis cosas, mi cuerpo... Todo parecía perdido por el camino, quedando solamente yo, en medio de aquel abismo.

Mi fatiga mental no parecía obtener recompensas. Cuando me esforzaba por rescatar una vaga imagen, al instante se esfumaba en un borrón confuso. Las deducciones lógicas hacía rato que no llevaban a ninguna parte. De nada servía insistir en preguntarme el por qué de todo ese vacío. Quería abrir puertas, correr cortinas, romper murallas... Cualquier cosa con tal de ver de nuevo algo de luz.

Quizás fue ese deseo inmenso de salir, el impulso de reventar aquello desde dentro lo que consiguió el primer logro. Comencé a tener unas sensaciones distintas, el peso de lo físico, el abandono del vacío. Sentí cómo se había roto el eslabón que aún me mantenía unida a mi cuerpo. Supuse que así debían sentirse las mariposas al salir de su crisálida, transformadas, hermosas. Atrás quedaba ya ese inútil amasijo de neuronas, el pesado lastre que me mantenía aislada en la oscuridad. Mi mente había sido un barco hundido en lo más profundo de un océano, y ahora que las cadenas se habían roto, la popa estaba saliendo a flote. Todo fue inundándose de luz, pero aquello tampoco me resultó demasiado acogedor. Comencé a sentirme de nuevo, pero enseguida me di cuenta de que había entrado en otra dimensión nueva, desconocida, fantasmal.

Secuencia 2. La luz

Ya nada era como el "antes" que había intentado recordar. No es que hubiera logrado recordar algo para compararlo con aquello, pero estaba segura de que había aparecido en el sitio equivocado. No creía lo que estaba viendo. Fue como asistir en primera persona y con plena consciencia a tu propio nacimiento. Allí estaba yo, un bebé, frágil e indefensa. De nuevo, sola. Pero esta vez había algo diferente. Para empezar, esa sensación de ingravidez, el sentirme etérea, sólo aire. Una fresca brisa que al rozarme hubiera puesto erizado el vello de mi piel. Lo más divertido de todo aquello era la sensación que me causaba traspasar objetos. La primera vez lo hice sin querer, estrenando mi nuevo instinto de orientación. Mi primera visión -así es como la bauticé un rato después, al recopilar mis primeros pasos- fue la más impresionante. Podía ver, desde luego, porque desde que abandoné la oscuridad pude notar lo que era la luz y los objetos. Lo extraño era el modo en que los contornos de las cosas se entremezclaban, pues la visión de todo era a la vez única y múltiple, como si en lugar de dos ojos, tuviera la visión desde otros ojos, de todos los ojos que alguna vez hubieran mirado ese objeto. Por ejemplo, el pomo de una puerta, las agujas de un reloj... Al principio sentí una especie de mareo porque no acertaba a percibir nada, pero enseguida me di cuenta en que el truco estaba en el enfoque. Unas cosas se mostraban más nítidas que otras en función del número de versiones, de miradas sobre el

mismo objeto. Lo importante era centrarse en una sola forma de mirar. Lo primero que conseguí ver claramente fue un rostro, el de una joven morena, de gesto amable, que estaba manejando unos papeles sobre una mesa. Parecía llevar un uniforme azul claro.

Mi entusiasmo fue tan grande en aquel momento, que sentí unos deseos irreprimibles de gritarle y pedirle ayuda. Quizás fue ese impulso el que me llevó hasta ella, con tal velocidad que, sin querer, la atravesé. No me di cuenta de lo que había pasado hasta que noté que había pasado de estar frente a ella a estar, de repente, a su espalda. Y en el breve lapso de un suspiro, la traspasé. Ella sólo sintió un escalofrío. Yo, la sentí a ella. Lo siguiente fue la ventana. Perseguí su mirada, que se había distraído mirando al otro lado del cristal. Fuera llovía. Me dejé llevar por una extraña corriente, por un impulso y, sin pretenderlo, traspasé el cristal. También las gotas de lluvia. Eran incómodas, porque parecía arrastrarme con cada una de ellas hacia el suelo, hacia los regachos, la alcantarilla. Quise regresar y, con sólo desearlo, volví a estar junto a la joven que vi por primera vez. A su lado había más personas. Pronto me di cuenta de que allí había muchas personas. Había pasillos, camas, muchas paredes y cuartos... Pronto deduje que aquello debía ser un hospital o algo parecido. Había perdido de vista a la mujer, seguramente era una de las enfermeras. Me asusté un poco, creí haber perdido mi oportunidad para pedir ayuda... Tenía que buscar a alguien; deambulé por los pasillos y pasé por dos habitaciones. En la primera me causó una gran impresión lo que encontré, porque me impregnó una sensación de dolor horrible, pegajosa. El enfermo que permanecía en la cama estaba agonizante, también sólo. Me acerqué para pedirle auxilio, pero sus lloros, su amargura, su dolor eran tan asfixiantes que llenaban toda la habitación y salí despavorida; también asustada. Fui consciente de que el pobre hombre no había dicho ni una palabra, pero para mí su boca exhalaba continuas quejas. Supongo que lo que había logrado era sentir lo que sentía, odiar su dolor, su cercana muerte, pensando junto a él, en su propia mente. Creí estar a punto de contagiarme de su enfermedad. Por eso salí huyendo, rápidamente. En la siguiente habitación encontré a una mujer mayor, sentada en una butaca y llorando. No había nadie más, tan sólo una cama deshecha y alborotada, una aguja y algunos envoltorios en el suelo. Enseguida supe que habían llevado a su hermana a operar de urgencia con parada cardio respiratoria. Ella misma me lo dijo, me acordé con ella de cada detalle. Sentí su angustia, su llanto, el dolor de su pecho y el nudo en la garganta. Por un instante pensé que ella estaba llorando por mí, que yo era la que habían ido a operar, que no había salido de la mesa de operaciones y, tal vez estuviera muerta. Era una posibilidad y todo encajaba. Era la primera explicación lógica. No había pasado ningún túnel, pero sí que había visto la luz, además me llenaba la extraña sensación de no tener un cuerpo... Entonces temí lo peor. Temí que mis suposiciones fueran ciertas, que me hubiera convertido en un fantasma. Muerta y atrapada en ese extraño mundo de miradas ajenas, de aire impregnado de dolores y de angustias. Y si estaba realmente muerta, ¿aquello era el final de todo? ¿Acaso no me había portado bien en vida, para no ir a un cielo lleno de ángeles? Quizás me estuviera reservado aquello, más bien un infierno... ¿O es que tal vez no estaba muerta?

Tantas preguntas inútiles por no tener una respuesta. De nuevo me sentí sola, incluso más que antes. Veía personas, pero de nada servía si no conseguía

contactar con ellas. En medio de aquella multitud, por fin lloré, aunque mis lágrimas no se resbalaron por mis mejillas, pero mi dolor se sumó al de los demás, y entre todos hicimos un mar de angustias. Recorrí gimoteando los pasillos, preguntando a todos los que veía si sabían el por qué de todo aquello. No me oían, no me veían. Sólo eran capaces de sentir su propio dolor, y no podían aliviar el mío. Aquel maldito hospital se estaba convirtiendo en otra inmensidad, blanca y también solitaria.

Secuencia 3. El sabio

Acabé recorriendo todo el hospital, perdiéndome entre camillas, cuartos de limpieza y muchos pasillos; seguía buscando la compañía de un experto, del sabio que respondiera a todas mis preguntas. El caso es que estuve a punto de pasar de largo, sin fijarme que había una persona que había girado su rostro hacia mí. Parecía escucharme, intrigado. Me aproximé hacia él, atolondrada y gritando.

- ¡Eh, señor! ¡Por favor, ayúdeme, estoy aquí...! ¿Me escucha?

El pobre hombrecillo sacudía la cabeza, aturdido y confuso. Miraba, nervioso, de un lado a otro del pasillo. No había nadie. Excepto yo, llamándole desesperadamente. Enseguida me di cuenta de que no debía asustarlo, no quería que se fuera, que me dejara sola. Sabía que era el adecuado, él podría ayudarme. Callé durante un momento, y lo observé atenta. Pareció dar resultado, pues del nerviosismo inicial pronto se sumió en sus fantasías y recuerdos. Estaba sentado en una sala de espera, vestía un elegante bañín granate que conjuntaba con sus zapatillas. Debajo, llevaba puesto un pijama negro de seda, algo holgado, porque los años le habían menguado el cuerpo hasta volverle un viejecillo desgarrado y enclenque. A su lado tenía un suministrador de suero, que en poco rato había cambiado varias veces de lado. Le resultaba muy incómodo.

- Parezco un preso de la posguerra, pero en vez de cadenas me han puesto este dichoso armatoste... -le oía pensar- A ver si a las siete viene Julita, para cuidarme de noche. Seguro que deja al pequeño con su ex, con lo bien que estaría con la tía Clara...

De pronto, sus pensamientos se interrumpieron y de nuevo le noté nervioso. Parecía haberse percatado de mi presencia, saberse observado en sus propios pensamientos. Yo también me sentí extraña, pues noté su mirada inquisitiva, una mirada invisible que me regañaba por mi intromisión. Aquello fue la verdadera señal, él era quien debía ayudarme. En ese momento lo único en que pensaba era en pedirle auxilio, y un grito ahogado acabó por asustarle y crearle confusión. Preso del pánico, se levantó temblando y restregándose los cabellos, con fuerza, como queriendo sacar de su cabeza aquel molesto ruido que parecía ser mi voz. Y yo le gritaba, aún más fuerte.

- ¡Ayúdeme, quiero saber qué me pasa, dónde estoy...!

- ¡Cállate, cállate! No puede estar pasándome esto... ¡No, otra vez no...!

No había palabras para expresar mi alegría, por fin lo había encontrado. Sabía que él era la clave de todo aquello, que él me contaría lo que había pasado, quién era, por qué me estaba pasando todo aquello. Ya no estaba sola y pronto se arreglaría todo, volviendo a la normalidad. Mientras tanto, el hombrecillo se había levantado, ansioso, y se había marchado rápidamente en dirección al puesto de control de las enfermeras. Seguía regañándome entre dientes, por meterme en su cabeza, por ponerle nervioso, que no le convenía... Me hizo gracia verle hablando sólo en medio del pasillo, pero estaba contenta porque al menos podía tener otro punto de vista para aclarar las cosas. Los dos estábamos desconcertados por lo que estaba pasando. Yo seguí interrogándole, impaciente. ¿Qué era aquello de "No, otra vez no"? Acaso ya le había pasado esto con otras personas, con otros fantasmas... ¿Era una especie de médium?

Estuvo esperando un par de minutos hasta que apareció una enfermera. El hombrecillo le insistía en que se habían tenido que equivocar con el fármaco que le habían suministrado. Pedía insistentemente que le quitaran el maldito suero, que se quería ir a casa, porque allí sólo podían recetarle mal los medicamentos, que estaba empezando a tener otra vez alucinaciones auditivas...

- Consúltele al médico, a ver si esto tiene efectos secundarios, que esto no es normal, lo de oír voces, ya se lo he dicho antes... Y no estoy loco, ¿eh?, que se lo digo de verdad. Debe ser el suero especial este...

La enfermera apenas se contenía la risa, pero para evitar mayores contratiempos decidió ir a buscar al médico de guardia para que le pusieran un tranquilizante, para que les dejara dormir esa noche tranquilas, sin más voces extrañas.

Cuando ella se alejó tuve la oportunidad de hablar a solas con él. Fue una conversación curiosa, él en mitad del pasillo y yo, dentro de su mente.

- Debo de haberme vuelto loco... Sí, debe ser eso. Bueno, tampoco puedo estarlo, porque los locos no se suelen dar cuenta de que lo están ¿O sí?

- Yo creo que usted no está loco, de verdad- le contesté.

- Otra vez esa voz... Como ayer noche, pero esta vez es distinta, como de mujer... ¿Quién está detrás de todo esto? El médico, seguro... Se habrá compinchado con mi mujer para que me recete algo raro y oiga voces. ¡Pero si yo siempre he estado bien cuerdo! Ya me veo que me declaran inválido o lo que sea para manejar ella todos los dineros...

- De verdad, señor que no hay ningún médico detrás, que no soy una alucinación. Soy una persona... Bueno, no sé muy bien lo qué soy, ni lo qué estoy haciendo aquí en este hospital. He salido de una oscuridad horrorosa y ahora estaba dando vueltas por estos pasillos hasta que le he encontrado. No había conseguido hablar con nadie, hasta que le he encontrado a usted...

- *¿Cuánto podrán durar las alucinaciones? ¿Y si esto va a peor, y me vuelvo ciego o yo qué sé? Maldito médico... Cuando le vea aparecer se va a enterar de quién soy... ¡Y tú, cállate, que no te quiero oír! ¡Fuera, fuera!*

Se estaba alejando por el pasillo, sacudiendo la mano sobre su cabeza, intentando espantar mi voz, como si de una mosca se tratase. No podía dejarle escapar, porque él se había convertido en mi único contacto con el mundo al que añoraba volver, tanto como para ponerme a llorar desconsoladamente, al descubrir que lo único a lo que me podía aferrar ni era tan sabio, ni me quería escuchar, y si seguía en ese plan seguramente no habría forma de conseguir una buena explicación.

- *¡Y ahora encima se pone a berrear, mujeres...! Si es que podría haberme puesto a fantasear con Pelé, por ejemplo, y no con una mocosa. Menuda imaginación tengo, la verdad. Esto ya empieza a mosquear... Esto es peor que una pesadilla. ¿No estaré soñando, no? A ver cuándo me despierto...*

- No está soñando, no. Para pesadilla la mía. Ojalá pudiera despertar, notar mi cuerpo, desperezarme... Así no soy nada... palabras y ecos, como si fuera un fantasma...

- *¿Fantasmas? ¡Hay, madre mía, que ya estoy cerca del otro barrio, que puedo oír hasta los muertos! Un cura, voy a llamar a un cura, que seguro que sabe lo qué hacer. Un exorcismo, o la extrema unción... ¡Hay, madre mía, que ya no me queda nada...!*

En aquel momento apareció el doctor acompañado por la enfermera que había ido a buscarle. Enseguida se dio cuenta de la gravedad del asunto, porque se oía al señor Alonso, que así se llamaba el hombrecillo, desde el otro lado del pasillo. Estaba solo, dirigiéndose a un interlocutor invisible, en la pared.

- *Señor Alonso, ¿se encuentra usted bien?- le preguntó el doctor-. La enfermera me ha dicho que se queja usted de que está teniendo efectos secundarios. ¿Está seguro de que oye voces, no será la televisión de las habitaciones, o conversaciones de la gente que está ingresada?*

- *De verdad, que no le miento, que esto es muy raro. Ayer noche oí una voz durante un rato y luego se calló, y ahora esta voz de mujer... ¿Me estoy volviendo loco, o qué? ¡Hay doctor, que me estoy muriendo, seguro, lo sé! ¡Que son fantasmas!*

- *Verá, lo que le he recetado no tiene nada que ver con las voces que dice oír en su cabeza. De todos modos, me preocupa que pueda tener alguna lesión cerebral, que le haga oír esas voces, así que en cuanto haya un hueco le vamos a preparar para ir al escáner, para descartarlo. Tranquilo, que ahora mismo se lo vamos a mirar. De momento le vamos a dar un sedante, para que descanse. No le conviene alterarse con el infarto todavía reciente, como lo tiene. Procure calmarse, que seguro que todo se pasará.*

El médico se marchó por donde vino, dando las instrucciones precisas a la enfermera para que dieran la orden de reservar una cita para el escáner

cerebral y ponerle un sedante, ya en la habitación. Durante aquel rato estuve callada y atenta, por el bien de aquel pobre hombre. Si de verdad era cierto que había tenido un infarto reciente, lo mejor era dejarle un rato tranquilo, no quería ser la responsable de un nuevo infarto, o peor aún, de su muerte. Si él moría, podía dar por terminadas todas mis posibilidades de contactar de nuevo con el mundo real.

Al anciano lo acompañó una simpática enfermera hasta su habitación, le suministró el sedante indicado por su médico y le ayudó a acostarse en la cama. La enfermera le aconsejó que se relajase, que pronto se pasarían las supuestas alucinaciones. Pronto se adormiló y nos quedamos los dos a solas en la habitación. Era una habitación compartida y el espacio de aquella habitación resultaba un tanto asfixiante, por la cantidad de mobiliario que había en ella; daba la impresión de que en su origen la habitación había sido individual y ahora la habían convertido en compartida, para aprovechar más los recursos de camas del hospital. Las dos camas se separaban tan sólo con una fina cortina beis, conjuntada con el color de la habitación. Las persianas estaban echadas y sólo entraba un tenue rayo de sol, próximo al atardecer. Como única decoración había un florero con unas hermosas margaritas, que probablemente fueran del otro paciente.

Secuencia 4. Vagando por el hospital

Mientras Alonso descansaba en la cama, me quedé fija mirándole durante un rato, en silencio, para no delatar mi presencia. Enseguida comprendí que tenía que buscar alternativas. No fue difícil salir a los pasillos de nuevo y dedicarme a vagar por todo el hospital en busca de otra persona que me pudiera escuchar. Tenía la esperanza de encontrar a alguien que realmente pudiera hacer algo por mí. Llamé insistentemente de habitación en habitación, pero nadie respondía a mi llamada de auxilio; parecía estar relegada a ser escuchada solamente en la mente del señor Alonso. Ante los demás yo no era más que una alucinación, a lo sumo un delirio senil.

Me tomé un descanso, pues había quedado exhausta de tanto esforzarme por traspasar puertas, paredes, cuerpos... Acabé volviendo al punto de partida, la habitación del señor Alonso, como la oveja vuelve inconscientemente a descansar al establo, junto al redil. En la habitación ahora había además un joven en la otra cama, su compañero de habitación. Ambos parecían estar dormidos. Me fijé más detenidamente en aquel joven que estaba postrado en la cama. Tenía la cara y parte del cuerpo vendados, pero debajo de aquellas vendas se intuía un fornido cuerpo, de proporciones atléticas. Estaba sudando y emitía unos gemidos de dolor, pero seguía dormido. Sentí curiosidad por saber lo que estaba pensando y me aproximé a su mente para intentar indagar en sus pensamientos. Logré introducirme en sus sueños, o más bien dicho, pesadillas.

En aquel momento sentía una extraña sensación. Creí estar presente en su sueño, como una espectadora sentada en una butaca de un cine desierto, donde se estaba proyectando una película que me resultaba conocida, como si yo ya la hubiera visto antes. El protagonista parecía estar hablando

con una persona, a la que no se le veía la cara, mientras él iba conduciendo el coche en el que iban ellos dos solos. Era de noche y había poca visibilidad; se veían los faros de coches que venían de frente, casi deslumbrantes, pasando a gran velocidad junto al coche. Se reían soltando fuertes carcajadas. El cine, mi cine vacío, se llenaba de los ecos de estas risas junto con unas voces distorsionadas que se oían de fondo. Parecían pasárselo muy bien... Durante un buen rato continuaron en el mismo tono cómico hasta que las risas cesaron por un momento. Fue entonces cuando los dos fueron aproximándose, con la mirada fija el uno en el otro, sus labios fueron buscándose mutuamente y... nació un beso.

Secuencia 5: De nuevo la oscuridad y luz

Todo se volvió de nuevo oscuro y solitario. Ya no veía el hospital, ni la habitación del señor Alonso donde yo recordaba haber estado hacía un instante. Miedo, sólo sentía miedo. Y angustia. Pero esta vez era diferente que al principio, ahora sabía que existía una posibilidad de volver al mundo sensible a través de otro plano, quizás superior, en el que yo me había estado moviendo hacía unos instantes. Me preguntaba si de nuevo volvería a quedarme mucho tiempo en medio de aquella abismal oscuridad. En medio de aquella soledad una fugaz imagen pasó por mi mente. Era aquel pasional beso lo último que recordaba hasta el momento. Pero todo desapareció con la misma rapidez con que la imagen había venido a mi mente.

Me encontré de nuevo en el mismo pasillo que vi la primera vez que salí de la oscuridad. Lo reconocí porque seguía estando allí la enfermera de la cofia sujeta con horquillas fosforescentes, que fue la primera persona que vi después de "mi primera oscuridad". Todo estaba en calma. No había nadie en el pasillo salvo la mencionada enfermera y un par de auxiliares vigilando los pasillos. Posiblemente todos los pacientes estaban en sus habitaciones, durmiendo. Aquello me extrañó porque lo último que yo recordaba eran los rayos de luz del atardecer, posiblemente fueran las siete. Miré a un reloj y vi que eran las nueve y no creí que hubiera pasado tanto tiempo. Para mí, lo que tan sólo me habían parecido unos minutos de oscuridad se habían convertido ¡en tres horas! No entendía lo que había sucedido y todavía estaba un poco desorientada. Lo único que se me ocurrió en ese instante fue ir a buscar al señor Alonso, si es que tal vez conseguía encontrarlo en medio de aquel intrincado laberinto de amplios pasillos. El hospital de pronto me pareció enorme y los pasillos se me antojaron interminables. Entonces me lamenté de no haberme fijado antes en el número de la habitación en la estaba el señor Alonso, así que tuve que guiarme instintivamente, dejando que mis sentidos percibieran libremente todo tipo de sensaciones, a fin de encontrar un leve indicio de sus pensamientos o de sus sueños. Todavía me quedaba un resquicio de esperanza para poder localizarle. Yo le llamaba insistentemente, esperando recibir alguna especie de contestación, pero el silencio era su única respuesta; un intrigante silencio, turbador, asfixiante.

Recorrí durante aproximadamente una hora de reloj casi todas las plantas del hospital, sin encontrar ni rastro del señor Alonso. Al final me acordé de los rayos de sol que había visto por la ventana, antes de que sumergirme en la

oscuridad. Deduje que la habitación estaba orientada hacia el oeste y me dirigí hacia la parte del hospital en la que supuestamente el sol se había puesto. No sé cómo yo podía saber dónde estaba el oeste, pero así lo hice y acerté en mi deducción. Recordaba que la habitación estaba al final del pasillo, así que fui directamente hasta las habitaciones del fondo. Entre los pensamientos que me llegaban de las habitaciones contiguas no pude distinguir el pensamiento inconfundible de mi "amigo" Alonso y eso me extrañó bastante, porque desde el primer momento en el que contacté con él, su mente era perceptible a larga distancia. Podría decirse que su espíritu inundaba completamente la planta del hospital, allí dondequiera que se encontrase.

Por fin reconocí el lugar que había visto por última vez, mejor dicho, reconocí al compañero de habitación del señor Alonso, que estaba sentado en una butaca del pasillo, con semblante lúgubre y apesadumbrado. Su cara, con algunos vendajes menos que un rato antes, parecía consternada; y me hizo presagiar que algo malo había sucedido al señor Alonso. Parecía estar muy concentrado en sí mismo, así que me fue fácil acceder a sus pensamientos. Sólo había una insistente imagen que se repetía continuamente en su mente; todo se encontraba confuso y tuve que recomponer yo misma los retazos que quedaban en su memoria, palabras e imágenes se fundían desordenadamente, como si fueran las piezas de un rompecabezas imaginario que yo tuviera que recomponer.

Aparecía el rostro del señor Alonso desencajado, absorto en la visión que acababa de tener. Lo que más impresionaban eran sus ojos, desorbitados, vagantes, como queriendo huir de lo que habían visto. Sí, estaba muerto; muerto de espanto... Luego se oía repetidamente de fondo la voz del señor Alonso gritándole desesperadamente a su compañero de habitación:

- ¡Está sobre ti! ¡No, no, vete, vete de aquí, déjanos en paz...! ¡Vete de esta habitación! Por favor, no nos hagas daño y déjanos en paz...¡Dios mío, haz que se vaya, por favor!

Después sólo podía ver de nuevo la pálida cara del señor Alonso, con una horrible mueca de dolor y una mano agarrotada estrujando la sábana a la altura de su corazón.

Secuencia 6: La comprensión

Cuando comprendí por fin que el señor Alonso había muerto de un infarto causado por alguna visión realmente espantosa, se mezclaron en mi mente sensaciones contradictorias (rabia, pena, compasión, añoranza,...) que me ofuscaron indefinidamente durante un rato, haciéndome que me despreocupara por completo de lo que seguía pensando el compañero de habitación del señor Alonso. No entendía muy bien lo que había pasado, pero enseguida me vi de nuevo sumida en la soledad, la odiosa soledad...

En el momento en que el señor Alonso había fallecido, yo no recordaba haber estado allí presente y, sin embargo, el último lugar donde había estado era en

su habitación, mientras yo "husmeaba" en los sueños de su compañero... Pero no conseguía encajar con lógica nada de aquello, sobre todo la misteriosa imagen de aquellos dos jóvenes besándose en el coche.... De nuevo un misterioso enigma se planteaba ante mí. No sabía lo que le podía haber asustado tanto al señor Alonso, ni creí poder llegar a saberlo a no ser que el compañero de habitación supiese algo que aclarase mis dudas. Todavía no había llegado a comprender cómo había sucedido todo, pero no quise darle más vueltas, porque estaba comenzando a sentirme aturdida de tanto pensar. Entonces divisé al fondo del pasillo a una figura que me resultó familiar. Al acercarse más le fui reconociendo: era el médico que había atendido al señor Alonso e iba acompañado de su inseparable y eficiente enfermera; ella le seguía a todas partes, cual perrito faldero, portando sobre un pequeño carrito metálico los informes de cada paciente. Llegó hasta la que había sido habitación del señor Alonso y se aproximó a su compañero de habitación.

- Señor Pérez, ¿se encuentra usted bien? Le encuentro algo cabizbajo, y esas ojeras... ¿También ha dormido mal esta noche?

¡Vaya!, así que se llama Sr. Pérez... ¿y cuál será su nombre de pila?

- Desde hace dos días no he dormido nada. Ya sabe, lo del señor Alonso...- Se quejó el joven, con un tono algo apesadumbrado.

- Parece que la muerte del señor Alonso le ha afectado. Creo que aún se encuentra en estado de shock... - le susurraba el médico al oído de la enfermera.

- Mire señor Pérez, le voy a prescribir un calmante para que pueda descansar, pues realmente lo necesita usted.

Me quedé extrañada. ¿Habían pasado dos días desde entonces? ¡Y yo que creía que habían sido tan sólo tres horas! Por lo visto, aquella oscuridad me había hecho perder toda noción de espacio y de tiempo. Preferí no darle más vueltas al asunto, para evitar más quebraderos de cabeza de los que ya tenía.

El señor Pérez no parecía prestar demasiada atención al doctor; no dejaba de quejarse de su horrible insomnio y de las ganas que tenía de dormir, aunque no lo consiguiera; la tensión que permanecía aún en su cuerpo le fatigaba sobremanera. A los pocos minutos, llegó una enfermera y le puso una inyección en el brazo, como efecto de la cual pudo oírse un pequeño gemido procedente del señor Pérez. "Nunca me han gustado las agujas" , pensaba, mientras el transparente líquido iba mezclándose con la sangre de sus venas y sus músculos se distendían, al mismo tiempo que un sopor invitaba a que sus ojos se cerrasen bajo la leve cortina de sus párpados.

Secuencia 7: El sueño

Fue entonces cuando de nuevo volví a adentrarme en el intrigante mundo de los sueños, en este caso en los del señor Pérez. Deseaba vehementemente que soñase otra vez lo mismo que había soñado hacía dos noches, cuando me introduje en aquel sueño que me pareció tan real, tan palpable como ningún

otro de los que yo hubiera conocido. Tuve la sensación de que yo ya conocía anteriormente al señor Pérez, pero no sabía de qué me sonaba su cara... Me entristecí un poco al tomar de nuevo conciencia de mi gran problema. Tenía la necesidad de encontrar un pasado para mí, mi pasado, para saber quién era... y lo que era. Quería comprender lo que había pasado pero no encontraba forma alguna de encontrar una explicación razonable. Debía seguir teniendo ese afán por encontrar respuestas, de lo contrario estaba convencida de que iba a quedarme para siempre en aquel fantasmal estado, solitaria e incapaz de comunicarme con nadie, ni vivo ni muerto.

El señor Pérez estaba entrando en esa fase en la vigilia y el sueño se confunden y el mundo sensible deja paso al etéreo mundo de los sueños, donde los recuerdos se mezclan con la fantasía y la realidad se deforma hasta hacerse irreconocible. De todos modos, para mí los sueños eran una fuente de información más sobre las personas, aunque una fuente muy directa, porque en esos momentos es cuando sus mentes se hallaban en un estado de fácil acceso para inspeccionarlas.

Mis deseos se vieron cumplidos cuando por fin reconocí en su mente las imágenes que había visto en su anterior sueño. Seguía lloviendo fuertemente, la pareja se iba acercando cada vez más y se fundían en aquel interminable beso. Hasta ahí no vi nada nuevo. Pero esta vez el sueño continuó. Todo fue muy rápido, pero ahora lo recuerdo con nitidez, como si una cámara de vídeo la hubiera grabado en mi memoria y la estuviese reproduciendo a cámara lenta, cada segundo, haciendo que cada imagen se parase por un instante en mi mente. Después del beso, pude ver cómo los faros de otro coche se iban acercando hacia el coche de la pareja; llovía mucho y los limpiaparabrisas apenas podían retirar el agua para poder ver claramente. De nuevo otro beso... Y sucedió lo que me temía. En aquel momento, la pasión venció a la prudencia y las manos del señor Pérez quisieron dirigirse hacia su amada, olvidándose por un instante que su deber era conducir y mantener sujeto el volante... Y el otro coche que venía de frente no tuvo tiempo para reaccionar...

¡Qué escabechina! (Casi se dieron de frente). Yo, espectadora inmóvil del impresionante accidente, seguía atenta al sueño del señor Pérez. Él, mientras tanto, respiraba jadeante, se retorció en la cama y sus músculos se convulsionaban intermitentemente, bajo la ilusoria visión del accidente. Su sueño continuaba... Él había recibido un fuerte golpe en la cabeza y estaba un poco aturdido, pero se alteró mucho al ver que su compañera no estaba sentada en el asiento contiguo y que, además, el cristal delantero estaba completamente fracturado y que el cuerpo de su amiga estaba tumbado en el suelo, inmóvil, con la cabeza y brazos ensangrentados, debidos a los cortes hechos con los cristales. Tras el impacto, ella había salido despedida hacia adelante, rompiendo el parabrisas con su cabeza. El señor Pérez salió rápidamente al exterior del coche, para comprobar el estado en que se encontraba ella, pero no pudo hacer nada, estaba muerta, muerta completamente... Esa idea se repetía constantemente en la cabeza del señor Pérez:

- ¡No, María, no! ¡No te mueras por favor, no me hagas esto...! ¡No te mueras, María, MARÍA, MARÍA!!!

Mientras él gritaba, yo no pude evitar desviar la mirada hacia el coche con el que habían colisionado. Aquello fue sorprendente, no me lo creía...

Me reconocí a mí misma. Era YO, YO estaba en el coche, semi-inconsciente, ¡era YO! No podría expresar la alegría que sentí en ese momento. Me había encontrado, era yo...

Epílogo:

Sentí como si hubiera atravesado mil paredes a una velocidad vertiginosa. En un sólo segundo había pasado de sentirme etérea a sentir un punzante dolor en mi cabeza, sí, mi cabeza. Había vuelto a tener cuerpo. Sabía que cada parte de mi cuerpo estaba donde yo la recordaba. De repente, mis ojos comenzaron a moverse bajo mis párpados, intentando ver algo, aunque todo estaba oscuro y no podía ver nada. Intenté mover mis manos, mis pies algo... Nada, no conseguía moverme ni un ápice. Aún así estaba contenta porque me sabía "viva", ¡estaba viva! Poco me importaba el dolor de cabeza, porque me sentía contenta con tan sólo saber que el oxígeno entraba en mis pulmones y que mi sangre era bombeada por mi corazón. De pronto mis recuerdos se agolparon en mi mente me acordé de mis padres, de mis amigos, de mi casa, de mi perro... Todo. Incluso podía acordarme de la cara del señor Pérez y del accidente. Ahora sabía que estaba viva, pero ¿Y lo anterior? ¿Lo había soñado tal vez? No lo sé, tal vez... Lo único en que pensaba en aquel momento era en volver en mí y mirar alrededor. Por fin mis ojos se abrieron y mis cuerdas vocales hicieron un esfuerzo por emitir mi primer sonido:

- ¡Mamá! ¿estás ahí?

Autora: Ana Osés Erdociain

Nota: Este relato obtuvo el Segundo Premio en la categoría de Relato Corto en los Encuentros de Jóvenes Artistas del Ayuntamiento de Pamplona.